
Walt Disney
Pinocho

Walt Disney

Pinocho

Adaptación: Claude Morand
Traducción: Angel García Aller







Este libro se titula *"Pinocho"*, pero, antes, permitid que me presente... Porque sin mí, el famoso Pepito Grillo, la maravillosa aventura que vais a descubrir nunca hubiera sido posible... ¡Palabra de grillo!
Admirad el paisaje. La historia comienza una noche, en un pueblecito de Italia...



Pepito Grillo viste un traje todo remendado, una vieja chistera y unas polainas "fatigadas" de tanto caminar... ¡Porque Pepito es un grillo vagabundo que ha viajado muchísimo!
–¡Por mis patitas heladas! –exclama, de pronto–. ¡Qué casa tan preciosa! Pero, ¿quién puede estar trabajando en ella a estas horas de la noche?
Pepito atraviesa las calles de aquel pueblecito que no figura en ningún mapa, sumido ahora en el sueño de sus habitantes... y corre hasta la ventana iluminada.
¡Hop! De un brinco, salta sobre el alféizar.
–¡Cielo santo! ¡Debe de ser la casa de un coleccionista o de un genial artesano!
Pepito se introduce sigilosamente en la casa.



—¡Son juguetes! ¡Cajas de música! ¡Muñecos autómatas! Toda una orquesta completa...
Pepito contempla fascinado las obras de Gepetto, el viejo y maravilloso tallista de madera de aquel pueblo.
—¡Yo nunca tuve juguetes de pequeño! ¡Me quedaré aquí!

Pepito aguarda impacientemente el momento en que el director de orquesta se decida a levantar su batuta.
Pero los músicos permanecen inmóviles y Pepito no sabe cómo poner en marcha todo aquel mecanismo secreto...
De repente, el grillo ve un pequeño muñeco, inerte, colocado sobre la mesa del tallista.
—¡Qué precioso!



El artista y creador de todos aquellos juguetes entra súbitamente en su taller y va derecho al muñeco, aún sin acabar, para pintarle las cejas.

–¡Ya está, pequeño! ¡Ahora ya se puede decir que tienes una verdadera mirada! Me gustaría llamarte "Pinocho"... ¿Qué te parece, Fígaro?

Fígaro es el paciente gato que sigue con admiración cualquier movimiento de su amo.

–¿Y a tí, Cleo? –pregunta Gepetto.

Cleo, un pez hembra rojo, está profundamente dormida. Hace ya tres días que Gepetto tan sólo se ocupa de Pinocho, y Cleo prefiere soñar con Fígaro. Porque Cleo está enamorada del gato; sí, sí..., ¡tal como lo oís!

–¡Desgraciadamente, ninguno de los tres podéis hablar y responderme!

Gepetto, olvidándose de sus animales preferidos, pone en funcionamiento las cajas de música. Pepito, embelesado, oye por fin cómo toca la orquesta de madera y contempla al pequeño muñeco manipulado por su creador.
El viejo artista mueve los hilos que ha atado a las rodillas, a las manos y a la cabeza de Pinocho.
—¡Casi se podría afirmar —piensa Pepito— que se trata de un niño de verdad!
Pinocho está perfectamente equilibrado: ¡qué bien baila al ritmo de las manos de Gepetto!
—¡Y ahora a dormir, pequeño! Has de saber que eres mi obra maestra... Me encuentro muy cansado, pero ¡soy tan feliz!
Fígaro no dice ni "miau"; pero, por la manera de mover los bigotes, se nota que está celoso de Pinocho...
—¡Ojalá mañana —piensa Fígaro— sea vendido a un niño cualquiera y... roto en mil pedazos!





Gepetto ha depositado el muñeco en su habitación. Luego, se ha puesto el camisón y el gorro de dormir para acostarse. Fígaro ya se dispone a meterse entre las suaves mantas... Y, de repente, una estrella comienza a brillar intensamente en medio de la oscura noche. ¡Su resplandor ilumina la habitación por completo!

—¡Fígaro, mira!

Fígaro, el muy gruñón, piensa: ¡Lo que faltaba! ¡En esta casa ya ni dormir se puede!

—¡Mira, es ella! ¡La Estrella de los Deseos! La única capaz de satisfacer las más extrañas peticiones...

Ya a punto de dormirse, el viejo escultor murmura:
—¡Si al menos yo tuviera un verdadero niño..., un hijito mío!
Pepito Grillo, por su parte, bosteza interminablemente. Daría cualquier cosa por dormirse de una vez. Pero Gepetto ronca, Fígaro ronca y Cleo no ronca, pero hace un glu-glu cadencioso y continuo.
Gepetto duerme tan plácidamente, que ni siquiera oye el tic-tac de sus relojes de cuco.



Mientras Pepito da vueltas y vueltas tratando de conciliar el sueño, la Estrella de los Deseos brilla cada vez más intensamente en lo alto de su galaxia... ¿Acaso porque Gepetto está soñando con el Hada Azul, el hada sonriente que reina en aquella estrella?
Gepetto le suplica que atienda sus deseos y, sumido en el más profundo sueño, el viejo escultor sonríe a los ángeles como un niño...
De pronto, una estrella fugaz traza un rayo luminoso que se abalanza sobre el planeta Tierra, en dirección al pueblecito italiano... El marco de la ventana se ilumina: el Hada Azul, en persona, se encarna y penetra en la habitación. Pepito Grillo, que ya estaba medio dormido, exclama sobresaltado:
–¡Por todos los grillos del mundo!





Pepito no da crédito a lo que está viendo...
El Hada Azul se acerca a Pinocho y lo contempla detenidamente.
–¡Hola, muñequito inerte! –le dice–. Es a ti a quien voy a dar vida para satisfacer los deseos del buen hombre que te ha creado...
Pepito contiene la respiración, absolutamente inmóvil, agazapado en su escondite.
El Hada Azul toca suavemente al muñeco con la punta de su varita mágica:
–¡Despierta a la vida, pequeña marioneta!



El muñeco de madera va cobrando vida muy despacito. Como un niño cuando se despierta, Pinocho se frota los ojos para desperezarse... Ya tiene una viva expresión en su mirada. Abre la boca y exclama:
—¡Puedo hablar, puedo moverme!
—¡También puedes andar y saltar y jugar como un verdadero niño, Pinocho! ¿Porque ese es tu nombre, verdad? —añade el hada, sonriente.
—¿Pinocho? ¡Sí, Pinocho, Pinocho! —repite él.
—¡Por todos los grillos vagabundos! —exclama Pepito—. ¡Nunca había visto nada semejante!

Con gesto complaciente, el Hada Azul mira a Pepito Grillo, que tiembla de emoción, y le dice:

—Para que Pinocho llegue un día a ser un verdadero niño, necesita una "conciencia", ¿lo sabías? ¿Te gustaría ayudarle a elegir, en todo momento, una buena "conducta"?

—Pero es que..., señora hada, fijaos que... ¡yo no soy digno! ¡Soy simplemente un grillo de nada, bien poca cosa!

—¿Una "conciencia"? ¿Y eso qué es? —pregunta Pinocho.

—¿Una **conciencia?** Bueno, digamos que es... alguien que se porta muy bien... ¡Algo así como un grillo superdotado, por ponerte un ejemplo!



—¿Prometes estar siempre cerca de Pinocho para evitar que dé "pasos en falso" y para aconsejarle en todos los momentos de su vida?
—¡No sé si seré capaz! —tartamudea Pepito, bajando la cabeza y mirando su andrajosa vestimenta...
El Hada Azul comprende su problema. Le toca suavemente con su varita mágica y..., al instante, Pepito aparece engalanado con un traje nuevo.
Luego, con un aleteo casi imperceptible, el Hada Azul abandona la habitación y desaparece en el cielo. Pinocho y Pepito siguen con la mirada su rastro luminoso hasta que llega a su estrella...





Pinocho salta de alegría y comienza a dar volteretas.

—¡Cuidado, vas a caerte, cabezota de madera! —le grita su "conciencia", ahora impecablemente vestido...

¡Demasiado tarde! Pinocho cae estrepitosamente. ¡Le da mil vueltas la cabeza!

—¡Escúchame bien, Pinocho! Para caminar, hay que poner un pie delante del otro, así, mira...

—¿Un pie delante del otro? ¡Eso es muy fácil!

—Eso es fácil si sabes guardar el equilibrio. ¡Así, así, bravo! Pepito pone en funcionamiento todas las cajas de música.

—¡Ahora a bailar!

—¿Cómo se hace, Pepito? enséñame.

—¡Si serás tonto! ¡Muévete y salta siguiendo el ritmo de la música!



Gepetto, entreabre los ojos y, borrosamente, cree ver a Pinocho bailar una extraña danza...

—¿Estoy despierto o soñando? —murmura el viejo escultor. ¡No! ¡No estoy soñando! ¡Pinocho está vivo! ¡El Hada Azul ha atendido mis súplicas!

Gepetto se arroja de la cama y gritando de alegría, toma en brazos a su "hijo":

—¡Mi querido hijo, el hijo que siempre he deseado!

Poco más tarde, Pinocho hace su primera travesura. Ha visto la vela encendida y se ha acercado a ella...

—¡Cuidado! ¡No toques la llama!

Pero, como todo "verdadero" niño, Pinocho ya ha puesto el dedo en ella. ¡Y empieza a arder!

—¡Si es así como vas a obedecer a tu "conciencia", menudo trabajo me espera! —suspira Pepito, enfadado.

Gepetto llega corriendo con un cubo de agua... ¡Está salvado!



Pinocho se ha quemado un poco, pero ya sabe lo que es el fuego...
—¡Es tu peor enemigo , no lo olvides nunca! —le advierte Pepito.
Tras haber pasado aquel peligroso trance, Gepetto hace las presentaciones de rigor... Cleo da saltos en su pecera para que se fije en ella. Fígaro, por su parte, piensa si no será éste el momento oportuno para zamparse a Cleo...
—¡Tenéis que ser amigos los tres! —les ruega Gepetto—. Eso es lo que más me gustaría.
—¡Mañana será otro nuevo y gran día para ti, pequeño! —añade el anciano, arropando a Pinocho en su cama.

Cuando se despierta, Pinocho descubre a toda la "familia" a su alrededor.
—¡Buenos días, papá! ¡Buenos días, Pepito! ¡Buenos días, Fígaro y Cleo! ¿A qué vamos a jugar hoy?
—Hoy —responde Pepito— jugaremos a trabajar... Todos los niños van a la escuela, y tú no vas a ser menos.
—¿Es divertido trabajar?
—¡Es muy divertido!
—Aquí tienes un libro para aprender a leer...



Gepetto está algo emocionado. Le entristece separarse de Pinocho; preferiría tener a su "hijo" en casa todo el día. Pero Pepito ha insistido:

–Has de convertirte en un niño modelo, Pinocho. ¡Eso es lo que esperamos de ti, tanto tu papá como yo!

–Y no lo olvides: el camino conduce, todo recto, hasta la escuela.

–Sí, Pepito, seguiré el camino todo recto...

–Toma también esta manzana– le dice Gepetto.

Y Pinocho emprende el camino de la escuela, pensando: ¡Qué bonito es vivir!



Pepito, que apenas ha pegado ojo durante la noche, vuelve a acostarse con la intención de dormir,pero algo dentro de su interior le dice:
–¡Pepito Grillo, no tienes vergüenza! Tú, la conciencia de este inocente niño, ¿has permitido que fuera solo a la escuela? ¿No te das cuenta de que acaba de nacer?
Pepito se reprende a sí mismo y sale inmediatamente a la calle, gritando:
–¡Pinocho! ¡Espérame! ¿Dónde estás?
Pero desgraciadamente para Pepito todos los caminos le parecen iguales.



Entre tanto, Pinocho atraviesa el pueblo, todo orgulloso. No podía sospechar que en ese momento era espiado por dos temibles personajes: Gedeón, el gato salvaje, y Honrado Juan, el zorro, dos granujas poco recomendables. Especialistas en toda clase de trapicheos y oscuros negocios, los dos compinches observan, escondidos, al gentil Pinocho...

—¿Tú ves lo que yo estoy viendo? —masculla Honrado Juan—. Pellízcame, porque me parece que estoy soñando... ¡Es un niño de madera!
¡Un muñeco que camina por sí solo! ¡Es increíble! —resopla Gedeón.
—¡Valdría su peso en oro! ¡Fíjate!
Y Honrado Juan le muestra a Gedeón un cartel: "Strómboli, el famoso titiritero, acaba de llegar al pueblo para presentar su nuevo espectáculo de marionetas..."
—¡Atrapemos a ese chiquillo! ¡Puede ser el negocio del siglo!





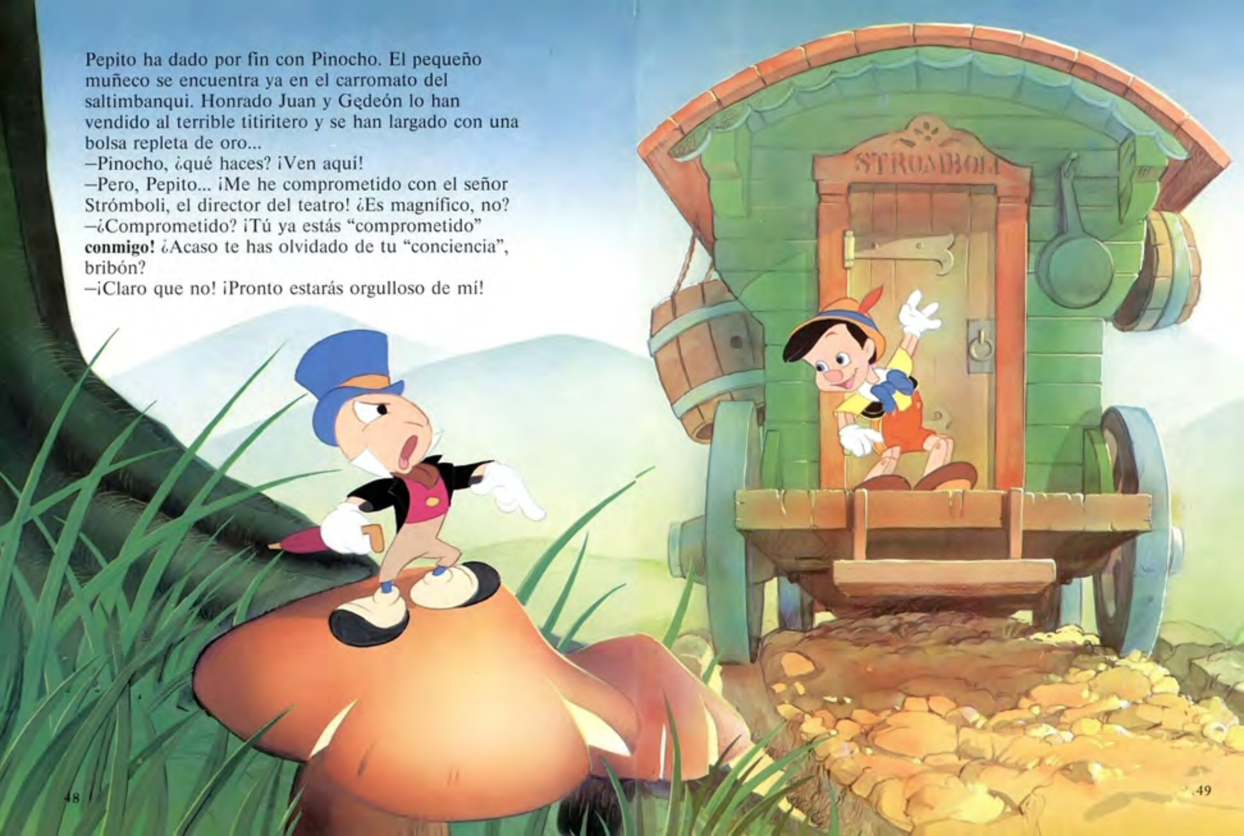
¡Crac! ¡Bum! Pinocho cae y "muerde el polvo" por primera vez en su corta vida...
—¿Se puede saber adónde vas, pequeñajo —maúlla el hipócrita de Gedeón—, paseando tú solito por estas calles?
—Voy a la escuela —responde inocentemente Pinocho.
—¿A la escuela?



—¿A la escuela? —repite Gedeón extrañado—. ¿Y para qué? Un artista genial como tú primeramente ha de hacerse famoso. ¡Tú no necesitas ir a la escuela! ¡Tú eres un gran actor, pequeño!
—Honrado Juan es un famoso empresario. ¡Hazle caso —aconseja Gedeón al muñeco— y obtendrás un éxito extraordinario!
—¿Yo? ¿Un actor yo?
—¡Eso salta a la vista! ¡Eso se ve sin necesidad de gafas! —insiste el zorro—. Sígueme y te convertiré en un "divo", en una "superestrella".
Atraído por esta proposición, Pinocho olvida todo lo que ha prometido a Gepetto.
—Después de todo —piensa—, puedo ir a la escuela mañana. ¡Hoy prefiero ser una "superestrella"!

Honrado Juan exclama:
—¡Bravo! ¡Síguenos y muy pronto aparecerá tu nombre anunciado en letras grandes y en un cartel como ése! ¿Cómo te llamas?
—¡Pinocho! —vocifera Pepito Grillo, que por fin ha encontrado su rastro—. ¡Espérame! ¡Ése no es el camino de la escuela! ¡Pinochoooo!
Pero, desgraciadamente, la voz del grillo es demasiado débil como para competir con la de aquellos dos charlatanes.
—Mi papá me llama Pinocho.
—¡Magnífico!
—¡Espléndido!
—¡Un verdadero nombre de actor!
—¡Que brillará en letras de oro en las fachadas de los teatros!
Pepito sigue al muñeco a hurtadillas y refunfuñando:
—¡Por todos los grillos, no sé qué hacer! ¡Pero tengo que descubrir qué hace Pinocho con esos individuos!





Pepito ha dado por fin con Pinocho. El pequeño muñeco se encuentra ya en el carromato del saltimbanqui. Honrado Juan y Gędeón lo han vendido al terrible titiritero y se han largado con una bolsa repleta de oro...

–Pinocho, ¿qué haces? ¡Ven aquí!

–Pero, Pepito... ¡Me he comprometido con el señor Strómboli, el director del teatro! ¿Es magnífico, no?

–¿Comprometido? ¡Tú ya estás "comprometido" **conmigo!** ¿Acaso te has olvidado de tu "conciencia", bribón?

–¡Claro que no! ¡Pronto estarás orgulloso de mí!



Strómboli es un gigante barbudo, y su mirada sólo revela codicia... Examina al muñeco como si fuera un pastel. –Montaré un número exclusivamente para ti –le dice–. Muéstrame lo que sabes hacer...





Aquella misma tarde, Pinocho hace su presentación ante el público. Primeramente baila formando pareja con una encantadora compañera, de madera como él, pero movida por "hilos"... Luego ejecuta, él solo, un asombroso festival de volteretas, cabriolas y piruetas de toda clase.

–¿Habéis visto? –grita un chiquillo–. ¡No tiene hilos!

–¡Tiene hilos invisibles! –afirma Strómboli.

Entonces Pinocho, loco de alegría, se pone a cantar "¡Yo soy libre, la vida es una fiesta!"

El público arroja una lluvia de monedas de oro y grita entusiasmado:

–¡Otra, otra, otra!

Mientras Pinocho cosecha aturdido los aplausos de su éxito, el bueno de Gepetto se consume en la tristeza... Desde la desaparición de su hijo, es incapaz de dormir. Da vueltas y más vueltas por la casa, entre los juguetes y las cajas de música, ahora absolutamente mudas...
Todo parece esperar el regreso del "hijo pródigo", incluso los relojes de péndulo y de cuco.
–¡Vuestro tic-tac es insoportable! Cleo, Fígaro, ¿podéis explicarme su ausencia? ¡Ay, qué loco estoy! ¡Vosotros no podéis responderme!
Desesperado, enfermo de preocupación, Gepetto sale a la calle en plena noche. Alumbrándose con una linterna, recorre el pueblo llamando: ¡Pinocho, Pinocho! Todo el mundo duerme. Un silencio terrible rodea al anciano. ¡Pobre Gepetto: qué noche en vela!
–Fígaro, te lo repito una vez más: nunca hallaré consuelo. ¡Buscaré a mi hijo hasta el fin del mundo!



Si Gepetto es desgraciado, su hijito también lo es. Al acabar aquella función tan apoteósica, Pinocho se encuentra a solas con el terrible Strómboli...
–¡Cuando se atrapa un "pájaro" tan raro como éste, no es cuestión de dejarlo volar! Y, ¡crac!, agarra a Pinocho con sus manazas, le introduce en una jaula y, ¡clic!, la cierra con candado. Mañana –le dice– abandonaremos este pueblo despreciable. ¡Buenas noches!
–¡No! ¡Yo quiero regresar al lado de mi papá!
–¿Cómo? –brama aquel hombre malvado–. ¿Acaso un vulgar pedazo de madera va a imponer la ley en casa de Strómboli? ¡Ahora estás en mis manos, no lo olvides, pequeño monigote!
Y el siniestro personaje sale del carromato riendo burlonamente... Pinocho es su prisionero.





Pinocho rompe a llorar. Piensa que nunca más volverá a ver a Gepetto, ni a Fígaro, ni a Cleo, ni a...

—¡Pepito! ¡Oh! ¡Por favor, Pepito, sálvame!

El grillo, que se había introducido en el carromato, lo ha visto todo, lo ha comprendido todo. ¡Está abrumado!

—¡Bien, muchacho, bien! ¡Aquí tenemos al famoso actor en su camerino! ¿No es eso?

—No te burles de mí...

—Yo soy demasiado débil para abrir el candado. Únicamente el Hada Azul podría liberarte...



En ese mismo instante, una luz deslumbrante inunda aquel horrible carromato, y el Hada Azul se aparece en persona...
—¿Acaso mi pequeño protegido ha hecho alguna travesura? —le pregunta irónicamente—.
—¡Oh, no, señora Hada! He sido raptado por un monstruo terrible, con unos ojos así de grandes... ¡Me ha traído hasta aquí para encerrarme en esta jaula!

Pepito, horrorizado, se tapa los oídos para no escuchar tantas mentiras...
—Y la escuela, ¿qué tal?, ¿te ha gustado? —prosigue el Hada.
—¡Oh, sí, mucho, muchísimo! Bueno... yo...
—No seas tímido, cuéntame, cuéntame.
—Bueno... pues... ¡Había marionetas!
—Cuéntale lo que ha pasado realmente —grita Pepito, enfadado—. Dile cómo te has marchado por las buenas con esos dos granujas, lo del teatro y todo lo demás. ¿No comprendes que de nada sirve andarse con mentiras?





¡Qué horror! ¡Por cada mentira que cuenta, la nariz del muñeco va creciendo un poco más...! ¡Y además le brotan unas pequeñas ramas! Pinocho se asusta:
—Perdonadme, señora Hada, os lo suplico. ¡He mentido, pero ya no lo volveré a hacer!
—¿Prometido? —dice el Hada—. Y tú, Pepito, ¿serás de ahora en adelante una "conciencia" más "concienzuda"?



El Hada Azul se conmueve ante el arrepentimiento de Pinocho y la cara de pena de Pepito, que parece empequeñecer poco a poco...

–Pinocho –le dice el Hada–, no debes olvidar que la mentira se ve como la nariz en medio de la cara... ¡Cuanto más miente un niño, más se le alarga la nariz! ¿Has entendido?

Y luego, con un golpecito de su varita mágica, libera al muñeco de su encantamiento. Su nariz vuelve a ser normal. La jaula se abre. El Hada regresa a su estrella.

–¡Somos libres! –grita Pinocho.



Pepito salta como un grillo (es lo menos que puede hacer) por entre la hierba. Se siente aliviado y contento tras el final feliz de esta aventura.

—¡Vamos, más deprisa! ¡Sigue mi rastro! ¡Yo te llevaré por el "buen camino"!

—Papá Gepetto debe de estar muy preocupado, ¿no?

—¡Muchísimo! Afortunadamente, has podido escapar de ese tal Strómboli. Ahora debemos volver inmediatamente a casa.



En pleno campo, no lejos del pueblecito de Gepetto, se encuentra una tenebrosa taberna: la "Posada del Cangrejo". Allí es donde se reúnen los peores maleantes de la región. Gedeón y Honrado Juan están a la mesa en compañía de un extraño y grosero personaje. Es el Carretero, que dirige una empresa abominable: se dedica a atrapar a todos los niños traviesos, glotones, perezosos, desobedientes y mentirosos de la región. Y se los lleva en su carreta a una isla misteriosa, de la que ningún niño ha regresado jamás...



–¡Aún me faltan algunos golfillos para completar el próximo viaje! –dice el Carretero–. ¿No conoceréis a alguno, por casualidad? ¡Tengo unas monedas de oro que ya empiezan a aburrirse en mi bolsillo, ¡ja, ja, ja!
Dicho y hecho. Los dos compinches se embolsan el dinero y se lanzan a la caza y captura de chiquillos para entregárselos al horrible Carretero. La mala desgracia quiere que Pinocho se cruce, una vez más, en su camino. Los ojos de Honrado Juan se iluminan y "da caza" al muñeco en plena carrera:
–¿Adónde vas, mi pequeño amigo?
–Yo..., yo regreso a mi casa –tartamudea Pinocho.



—¡Espera un poco, tú no puedes regresar en ese estado! —le dice Honrado Juan tomándole el pulso. ¡Tienes mucha fiebre, pequeño!
—Es un gran doctor —afirma Gedeón, siguiendo el plan de su compinche.
—Abre la boca. Di "ahhh" —le ordena el zorro—. ¡Uf! ¡Tienes la garganta seca y la lengua de madera! Esto es muy grave. Tienes que divertirte más; de lo contrario, estás perdido. ¡Te recetaré la Isla Encantada!
—¿La Isla Encantada? ¿Y eso qué es? —pregunta el inocente muñeco.
—¡Un lugar inolvidable, donde estarás todo el día jugando con muchos niños como tú!
—¿Es una escuela? ¡Yo quiero ir a la escuela de los niños listos!
—¡Es la escuela del placer! ¡La escuela más divertida del mundo!
—Ya verás cómo nos lo agradeces —añade Gedeón.



Pinocho sigue los pasos de aquellos dos granujas. ¡Cree que verdaderamente está enfermo!
—¡La Isla Encantada es una delicia! ¡Es el mejor medicamento para ti!
Honrado Juan y Gedeón llevan a su víctima al lugar indicado por el Carretero. Pinocho, engañado por aquel par de bandidos, se ha olvidado de Pepito, que debe de andar buscándolo por todas partes...



Pinocho se sube a la parte delantera de la carreta, para disfrutar al máximo del viaje. La carreta va llena de chiquillos que saltan, gritan y se pelean. Un latigazo y... la carreta se pone en movimiento, arrastrada por seis burros fatigados y enloquecidos.
—¡En marcha hacia la Isla de los Placeres, la Isla Encantada! —aúlla el siniestro Carretero.



Pepito ve la carreta y a Pinocho, que se desgañita gritando aún más alto que los demás. ¡Se le hiela el corazón al pobre grillo!:
"¿En qué aventura se habrá metido ahora este diablillo de muñeco?"
Pepito da un salto espectacular y consigue agarrarse a una cadena bajo el eje de la carreta. Ésta se detiene finalmente ante un embarcadero. Un buque de carga está preparado para zarpar.
–¡Qué mala pata! –suspira Pepito–. ¡Con el horror que yo le tengo al agua! ¡Que alguien se apiade de mí!



El carguero llega a la Isla Encantada. Durante la travesía, Pinocho se ha hecho amigo de Polilla, un muchacho muy espabilado y atrevido... Juntos descubren, maravillados, una gigantesca feria.

–¡Fíjate en esos puros! ¡Parece que aquí está permitido todo lo que se prohíbe en otras partes! ¡Voy a por uno y me lo fumaré! ¿Qué te parece, Pinocho? ¿Tú quieres uno también? Porque ya habrás fumado alguna vez, ¿no?

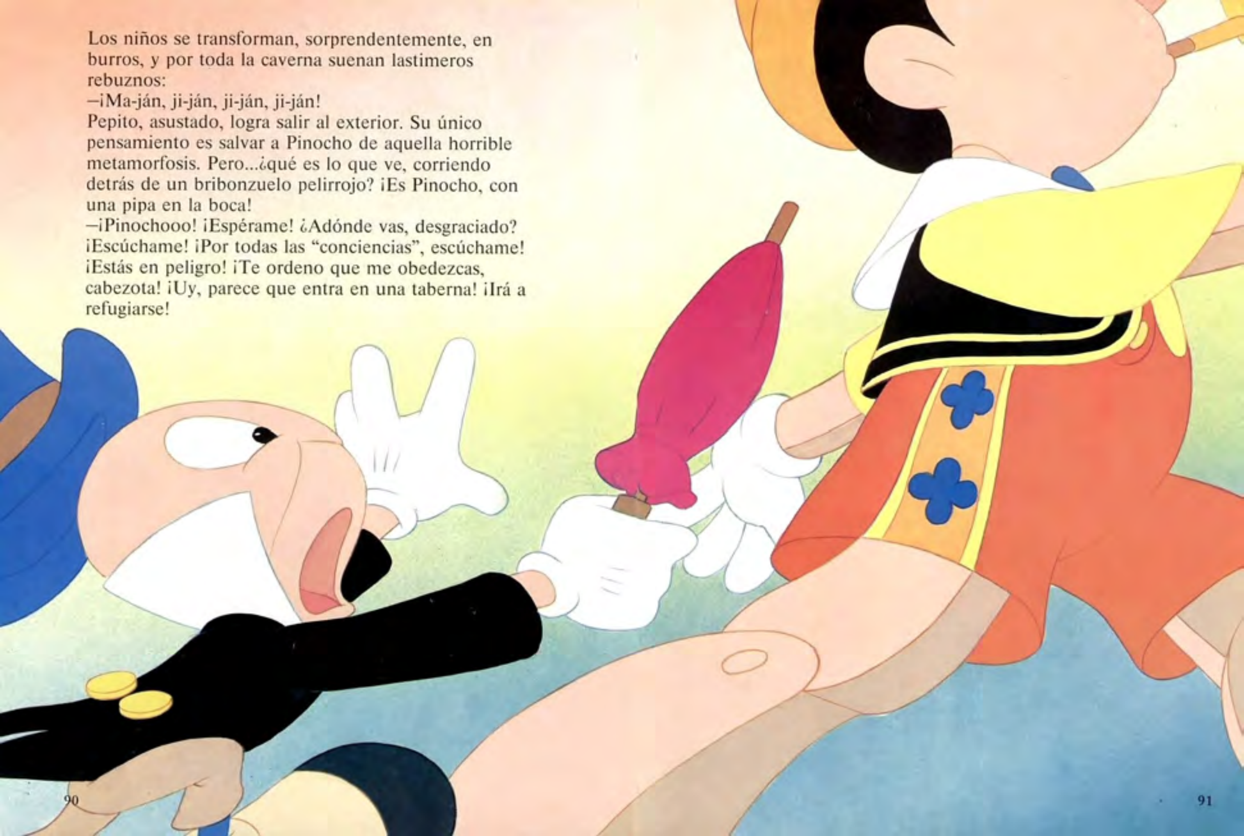




No. Claro que no, Pinocho nunca ha fumado. Pero aunque acaba de nacer, ya se ha convertido en un glotón. Y Polilla, mucho más glotón que él...
–¿Qué te parece este bocadillo, eh? Si mi madre me viese, daría unos gritos espantosos. ¡Ja, ja! ¡A mí me encantan los bocadillos de salchichón con dulces y mermelada!
–¿Está bueno? –pregunta Pinocho, extrañado.
–¿Nunca lo has probado? ¡Está exquisito! Nada más que acabe de comer éste, iré a prepararme otro.
Pepito, escondido, observa a los dos chiquillos durante unos instantes, y luego se lanza en busca del Carretero...



El grillo, muy preocupado, recorre las calles de la inmensa feria. ¡Ya no hay niños! ¡Han desaparecido todos! De pronto, oye débiles llamadas de socorro... El abominable Carretero, armado con un látigo, aterroriza a un grupo de niños desharrapados y apenas cubiertos con unos jirones de camisa.
—¡Vamos, borriquillos! ¡Se acabó la juerga! —grita el siniestro Carretero—. ¡Es hora de embarcar! ¡Os llevaré hasta el otro extremo del mundo para arrastrar vagonetas en las minas de sal!



Los niños se transforman, sorprendentemente, en burros, y por toda la caverna suenan lastimeros rebuznos:

—¡Ma-ján, ji-ján, ji-ján, ji-ján!

Pepito, asustado, logra salir al exterior. Su único pensamiento es salvar a Pinocho de aquella horrible metamorfosis. Pero...¿qué es lo que ve, corriendo detrás de un bribonzuelo pelirrojo? ¡Es Pinocho, con una pipa en la boca!

—¡Pinochooo! ¡Espérame! ¿Adónde vas, desgraciado? ¡Escúchame! ¡Por todas las "conciencias", escúchame! ¡Estás en peligro! ¡Te ordeno que me obedezcas, cabezota! ¡Uy, parece que entra en una taberna! ¡Irá a refugiarse!



Pinocho ha seguido a su amigo hasta la sala de billar. Pepito, entre tanto, se desgañita para llamar su atención.

—¡Largo de aquí, grillo! —amenaza Polilla—. ¡Estás molestando a mi amigo!

—¿Y tú qué dices, Pinocho?

—No estamos haciendo nada malo, Pepito; no tienes por qué enfadarte.

—¡He dicho que largo de aquí! ¡O te doy un puñetazo que te aplasto! —insiste Polilla.

—¡No seáis ignorantes! ¡Os van a convertir en burros! ¡Escuchadme...!



Y Pepito les cuenta entonces la tragedia de los niños convertidos en burros.

–¡Este bichejo está loco!

–¡A lo mejor no! ¡Deberíamos creer a Pepito, es mi "conciencia"!

–dice Polilla.

Polilla, atónito, estalla de risa...

–¿Tu "conciencia"? ¿Un insecto tu "conciencia"? ¡Ja, ja, ja! ¡Mis oídos no pueden creer lo que están oyendo!

Pero, ¡ay!, en ese preciso momento sus orejas comienzan a alargarse y a cubrirse de pelos. Más aún: ¡a Polilla le asoman unas pezuñas sobre la mesa de billar! ¡Qué horror! ¡A Pinocho se le ponen los pelos de punta!



—¡Ji-ján, ji-ján! ¡Socorro, Pinocho! Polilla se arroja de la mesa de billar y comienza a andar a cuatro patas. ¡Lo único que hace es rebuznar y dar coces! Pinocho presencia esta transformación rascándose la cabeza de impotencia. Cuando, de repente:
—Pepito, ¿qué es lo que tengo aquí?
—¡Dos orejas de burro! ¡Qué desgracia! ¡Y un largo rabo, con un plumero en la punta! —solloza Pepito.
—¡Sálvame! ¡No dejes que me convierta completamente en un burro como Polilla!
—¡Hay que abandonar esta isla maldita lo antes posible!
—Pero, ¿cómo, Pepito?
—¡Por mar! No tendrás miedo de nadar, ¿verdad?



Ambos atraviesan la feria abandonada. Ni siquiera se fijan en una montaña de caramelos y golosinas que pronto dejan atrás. Pinocho y Pepito sólo piensan en huir, huir, huir...

—¡Acelera, Pinocho! ¡Ya se ve el acantilado!

—¡Yo no sé nadar! ¡Me ahogaré, seguro!

—¡Calla y corre!

—¿No habrá un barco, por casualidad? —exclama Pinocho.

—No. ¡Tendremos que arrojarnos al agua! ¡Tú no tengas miedo, Pinocho! ¡Sígueme! ¡Por todos los grillos del mundo, ya sabes que no tienes nada que temer a mi lado, al lado de tu "conciencia"!



Al llegar al borde del acantilado, Pinocho titubea, presa del vértigo. ¡Está tan alto!

–¡Salta! –le ordena su "conciencia" desesperadamente–. ¿O acaso prefieres arrastrar vagonetas en las minas de sal y recibir más latigazos que pelos tienes en las orejas? ¡Salta, cabezota de madera!

Pinocho se arma de valor y se arroja al vacío, con los ojos desorbitados. ¡Hop! Pepito salta detrás de él, con el paraguas abierto como un paracaídas y... ¡los ojos bien cerrados!

–¡Quién me iba a decir a mí que acabaría alternando algún día con los peces! ¡Un insecto en el mar! ¡Qué triste suerte la mía!



El mar los engulle. Pero el muñeco y el grillo pesan muy poco y flotan con facilidad. Bamboleados por las olas, la marea les arrastra hasta una playa. ¡Están sanos y salvos! Pepito incluso conserva su sombrero...
—Bueno, Pinocho, ¿qué tal? ¿Te has hecho daño? ¡Oh, mira! ¡Una botella! ¿Una botella? —repite Pepito, vivamente interesado—. ¡Seguro que hay un mensaje dentro!
—¿Un mensaje? ¿De quién?
—Sin duda, de un pobre náufrago que pide socorro. ¡Atrapa esa botella!
Y, efectivamente, dentro había un dramático mensaje:

Pinocho querido
he partido en tu búsqueda hacia la Isla Encantada
ballena Monstruo a punto de tragarme
Adiós hijo mío - Tu papá que te quiere
Gepeto

Pinocho se deshace en lágrimas. Piensa que todo aquello es por su culpa. Pepito también se acusa a sí mismo:
–¡El culpable soy yo! ¡Vaya "conciencia" que estoy hecho! ¡Pobre Gepetto, tragado por ese monstruo...!
–¡Yo salvaré a mi papá!
–¿En el fondo del mar? Imposible, tú flotas...
–Pero si me ato una piedra en la punta del rabo, me iré a pique fácilmente. ¡Voy a buscar una!



Pepito, asombrado por la valentía de Pinocho, le sigue sin rechistar hasta el fondo del mar...
El muñeco, lastrado por la pesada piedra, se hunde rápidamente. Los peces se le acercan, atraídos por la curiosidad.
—¿Dónde está el Monstruo?
Los peces huyen al oír aquel nombre.
—¡Le tienen miedo! ¡Debe de estar por aquí cerca! ¡Aún podemos dar marcha atrás, Pinocho! ¡Glup!
—¡Eso nunca!
Siguen descendiendo hacia el mundo del silencio. cuando, de repente... descubren a la ballena dormida, en el fondo del mar.
—¡El Monstruo! ¡Sálvese quien pueda! —grita Pepito—
—¡Huyamos, es demasiado peligroso!
Pinocho grita:
—¡Ahora, Pepito, desátame!



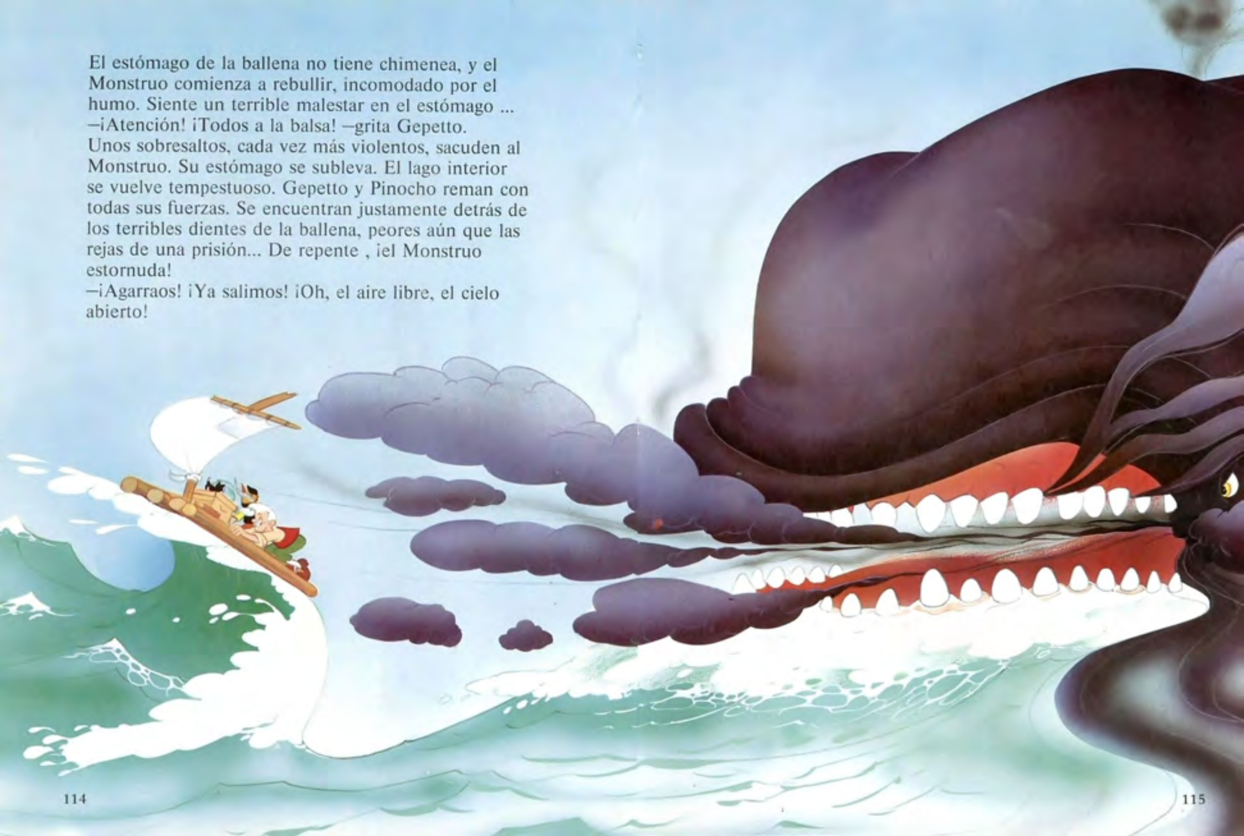
Pepito le desata del rabo la gran piedra y Pinocho nada cerca de la blanda arena del fondo del mar, en dirección a la ballena. Vista de lejos, parece una montaña negra... Pero, vista por dentro, con su enorme columna vertebral,parece una catedral rematada con una fantástica bóveda... El estómago del Monstruo se asemeja a un lago inmenso, sobre el que flota el barco de Gepetto que se ha tragado. Gepetto está pescando entre sollozos...

Entre tanto, Pinocho merodea alrededor de la ballena, dispuesto a que se lo trague a él también... De repente, la ballena –aún dormida– lanza un bostezo y entreabre su inmensa boca. Pinocho, Pepito y millares de peces son aspirados como por un torbellino. Dan vueltas y más vueltas en un abismo sin fondo: ¡el estómago del Monstruo!
Gepetto, por su parte, cree estar asistiendo a una pesca prodigiosa...
–¡Esto es un verdadero maremoto, Fígaro –dice el anciano–. ¡Tenemos peces para rato!
–¡Papá, papá! ¡Soy yo, Pinocho!
Gepetto "ha pescado" a su hijo: ¡qué emoción!, ¡qué abrazos!

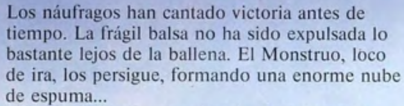




Pero, tras la alegría, Gepetto advierte las orejas y el rabo de su hijo...
–Bueno... yo... ya te lo explicaré más tarde, papá. ¡Ahora hay que intentar salir de aquí cuanto antes!
–¡Ay, mientras el Monstruo esté durmiendo, eso es imposible!
–Tendría que abrir la boca. ¿Y si estornudase? ¡Rápido, vamos a hacer fuego!
Gepetto aprueba la genial idea de Pinocho. La hoguera comienza a chisporrotear, y se levanta una negra humareda...



El estómago de la ballena no tiene chimenea, y el Monstruo comienza a rebullir, incomodado por el humo. Siente un terrible malestar en el estómago ...
–¡Atención! ¡Todos a la balsa! –grita Gepetto.
Unos sobresaltos, cada vez más violentos, sacuden al Monstruo. Su estómago se subleva. El lago interior se vuelve tempestuoso. Gepetto y Pinocho reman con todas sus fuerzas. Se encuentran justamente detrás de los terribles dientes de la ballena, peores aún que las rejas de una prisión... De repente , ¡el Monstruo estornuda!
–¡Agarraos! ¡Ya salimos! ¡Oh, el aire libre, el cielo abierto!



Los náufragos han cantado victoria antes de tiempo. La frágil balsa no ha sido expulsada lo bastante lejos de la ballena. El Monstruo, loco de ira, los persigue, formando una enorme nube de espuma...

—¡Papá, papá! ¡Tengo miedo! —grita Pinocho.

¡A Pepito Grillo, escondido bajo el gorro del muñeco, le castañetean los dientes!

—¡Ánimo! ¡A lo mejor no nos ha visto!



¡Pobre Gepetto! ¡Qué equivocado está! La furiosa ballena les ha descubierto y se lanza sobre ellos. La balsa se encuentra atrapada en medio de fuertes remolinos, porque el Monstruo no cesa de dar terribles coletazos. Es una batalla perdida de antemano...
El Monstruo golpea la balsa de frente y la rompe en mil pedazos. Luego, lograda su venganza, la ballena se pierde mar adentro...



Tras un escalofriante vuelo por los aires, Gepetto desaparece en el mar. Pinocho lo llama en vano:
–¡Papá, papá Gepetto! ¿Dónde estás?
El muñeco se aferra a un pez y se deja arrastrar hasta...

el fondo del océano: Gepetto, inconsciente, se ahoga. Pinocho lo agarra por el chaleco y lo saca a flote. Ha olvidado su miedo. Nada sin cesar y divisa, por fin, una playa. ¡Pero qué lejos está!



Pinocho ha nadado hasta el límite de sus fuerzas para salvar a Gepetto. Ya en la playa, el anciano recobra lentamente el conocimiento. Ante él, Pinocho yace boca abajo, muerto.
–¡Mi pequeño! ¡Háblame, hijo mío! –le suplica. Desgraciadamente, el muñeco no da señales de vida. Gepetto, desesperado, toma en sus brazos el cuerpecito de madera para llevarlo a casa. ¡Qué triste final!



Pinocho reposa sobre la cama de Gepetto. Pepito solloza en un rincón de la habitación; es la "conciencia" más desgraciada del mundo...
Gepetto llora desconsoladamente, de rodillas.
—¡Hijito querido, has arriesgado tu vida para salvarme! ¡Ya sólo el Cielo puede compadecerse de mi sufrimiento!
El Hada Azul lo ha oído. Y aparece. Toca suavemente al muñeco con su varita mágica..., y le dice:
—¡Despierta, Pinocho! Quiero darte la vida de nuevo. Conviértete en un verdadero niño y sé feliz con tu padre... ¡Vamos, despierta ya!

Pinocho se despierta:
–¡Papá, papá, no llores más! ¡Estoy vivo!
–¿Estoy soñando? –grita el anciano, acariciando a su hijo.
–¡Oh, qué piel tan suave tienes! ¡Qué calentito estás!
–¡Es que soy un niño de verdad, papá! ¡Gracias al Hada Azul!
Pepito pone en marcha todas las cajas de música. Gepetto y Pinocho bailan de alegría.
El grillo los contempla, muy emocionado...
–¡Qué precioso es, sin orejas de burro! ¡Ya nunca le podré llamar "cabezota de madera"!... ¡Bueno, ya no me necesita! Así pues, continuaré mi camino de grillo vagabundo... ¡Adiós y buena suerte, pequeño!



ISBN: 84-392-8121-7
Depósito legal: LE. 1095-1986
Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S.A.
Carretera León-La Coruña, km 5
LEÓN (España)



Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores

